

Patrick Radden Keefe

# El hijo del oligarca

**Un joven impostor. Una tragedia familiar. Una ciudad devorada por la corrupción.**

Traducción de Javier Calvo

Seix Barral

Seix Barral Biblioteca Formentor

# Patrick Radden Keefe

# El hijo del oligarca

Un joven impostor. Una tragedia familiar.
Una ciudad devorada por la corrupción.

Traducción del inglés por
Javier Calvo

# 1

## EL REY DEL MAMBO

Después de que muriera Zac Brettler, sus padres intentaron descifrar el misterio de lo que le había sucedido, revisitando incansablemente una serie de momentos específicos de su breve vida. Había nacido una noche lluviosa de septiembre de 2000 con la cabeza coronada por una suave mata de pelo rojo. Era un detalle inesperado: ni su madre, Rachelle, ni su padre, Matthew, recordaban a nadie de sus familias respectivas que tuviera el pelo de aquel color. Al principio pareció que quizá no fuera pelo, sino una mancha de sangre seca, de forma que intentaron limpiársela. Pero era pelo. Los hijos pueden sorprenderte desde el primer día.

Matthew estaba en su despacho de Londres aquella tarde cuando lo llamó Rachelle para decirle que le habían empezado las contracciones. La pareja tenía otro hijo, Joe, que todavía no había cumplido dos años, de forma que hubo de venir el hermano de Rachelle, David, para quedarse con el niño mientras ella salía a toda prisa rumbo al hospital de Saint John's Wood. Matthew se reunió con ella allí y, mientras sostenía en brazos a su diminuto recién nacido, le llamó la atención la expresión peculiar que tenía el bebé en la cara. Se le veía un aire de sabiduría, de conocimiento. Una de las enfermeras también se dio cuenta.

«Tiene pinta de haber estado aquí antes», dijo.

Los Brettler ya tenían un nombre elegido de antemano: Louis. Pero el bebé tenía una naturaleza tan distintiva que Louis ya no parecía adecuado. En su lugar eligieron Zachary, abreviado Zac. Como comentaría Matthew más adelante, «el susurro *metálico* de la letra inicial y el *clic* de la segunda consonante se combinaban para transmitir la fuerza de su personalidad».

En cualquier familia, el nacimiento de una criatura es motivo de celebración, pero un vínculo inusual que compartían Rachelle y Matthew era que los padres de ambos habían sobrevivido al Holocausto. Así pues, en aquella familia en concreto reinaba una poderosa sensación de que crear vida nueva y continuar con la estirpe familiar representaba un triunfo contra grandes adversidades, así como una réplica a las pérdidas innombrables de la generación anterior. El padre de Rachelle, Hugo Gryn, había llegado al Reino Unido en 1946, a los quince años, tras sobrevivir a Auschwitz y perder a casi toda su familia en los campos de exterminio. En Londres, Hugo había empezado una nueva vida y había llegado a ser un rabino muy querido y un famoso locutor de la BBC. De acuerdo con la leyenda familiar, cuando la hermana mayor de Rachelle, Gaby, dio a luz al primer nieto de Hugo, al rabino lo venció el entusiasmo hasta el punto de que hubo que impedirle que entrara en la sala de partos. «¿Quién se habría imaginado, durante aquellos días sombríos en el campo de concentración, que mi padre viviría para ver el futuro? —señalaba Rachelle—. Ya no digamos que tendría hijos, y que sus hijos tendrían hijos.»

El padre de Matthew, bautizado al nacer como Baruch Brettler, se haría llamar Benny. En 1939 se había marchado de Alemania con el último de los llamados *Kindertransports*, y había llegado a Inglaterra en calidad de refugiado, con trece años y completamente solo. Su familia entera fue asesinada durante la guerra. Sin embargo, él también logró forjarse una nueva existencia. Aprendió inglés a base de ir al cine, hasta que

consiguió hablarlo sin apenas acento, e inició una nueva vida en la ciudad de Manchester, en el norte, entrando en el sector textil y casándose más adelante con la madre de Matthew. Matthew asistió a una escuela privada de élite, la Manchester Grammar, y cursó estudios universitarios en la London School of Economics. Estudió Ciencias Políticas y se planteó hacer carrera en el periodismo o el derecho antes de dedicarse a las finanzas.

Matthew se graduó en 1983, cuando Londres estaba al borde de unas transformaciones enormes. En octubre de 1986, Margaret Thatcher desreguló la industria bancaria de lo que se conoce como la City de Londres, el centro tradicional de las finanzas y el comercio británicos, situada al este de la catedral de Saint Paul, en una zona que a veces se denomina *la Milla Cuadrada*. Hasta aquel momento, el sector bancario de Londres había estado en gran medida en manos de un grupo de amigos, caballeros ingleses que habían estudiado en las mejores universidades, iban al trabajo desde zonas residenciales de alto *standing*, celebraban almuerzos regados con alcohol en clubes privados o braserías locales y volvían tambaleándose para coger el tren de las 17.15 a sus casas. El *Big Bang*, que es como se denominó a aquella desregulación, derribó los muros de aquel bastión de aire viciado, permitiendo la entrada de una horda de corredores y agentes de bolsa americanos que operaban con un tempo mucho más rapaz. Londres fue conquistado por los bancos extranjeros, que adquirían algunas de las pequeñas firmas inglesas y robaban a los mejores empleados de otras. Conscientes del potencial de la ciudad como portal de entrada tanto a Asia como a Europa, aquella nueva hornada de banqueros acudía a trabajar temprano y se quedaba hasta tarde. A la generación anterior, enfrentada quizá por primera vez en sus vidas con algo parecido a la meritocracia, no le quedó otro remedio que ampliar sus jornadas o retirarse. «Han empezado a coger trenes que antes ni siquiera sabían que existían», se maravillaba un observador en 1986. Los jóvenes banqueros

trabajaban sin parar, alimentados por el café, la ambición y la cocaína. Esta droga se volvió tan ubicua en los salones de transacciones que *The Sunday Times* llegó a publicar un artículo titulado «La gran raya».

El Big Bang también desencadenó la mayor oleada de construcciones nuevas que había visto Londres. En 1985, al presidente de un banco que estaba visitando la isla de los Perros, una zona desolada del este del Londres que antaño había sido el corazón de la industria del transporte marítimo, se le ocurrió reconvertir un almacén abandonado de plátanos en oficina administrativa de Credit Suisse. Por entonces, la idea misma de expandir el sector financiero de Londres más allá de la Milla Cuadrada y llevarlo a un escenario pobre como el East End resultaba impensable. Sin embargo, a lo largo de la siguiente década y media, un consorcio de bancos reconvirtió Canary Wharf en un gigantesco complejo de veintiocho hectáreas de torres de oficinas, salones de transacciones y apartamentos de lujo.

Poco después de graduarse, Matthew tuvo trabajos subalternos en un par de consultoras. Era emocionante estar en Londres durante aquella época: se podía sentir la metamorfosis que estaba viviendo la ciudad en tiempo real. El nivel de vida iba en ascenso. El precio de los pisos en el centro de Londres subió de golpe un 30 % y luego siguió subiendo. Por fin la ciudad parecía estar despertándose de la larga resaca de la austeridad y la recesión de posguerra. Incluso Thatcher reconoció que los salarios de los jóvenes profesionales lo dejaban a uno «boquiabierto». Y no eran solo los banqueros, porque muchas otras industrias auxiliares se vieron estimuladas por el enorme flujo de dinero que estaba entrando. De pronto estaba de moda el consumo ostentoso. Los conocidos de Matthew empezaron a adquirir los accesorios de un determinado estilo de vida: el chalé para esquiar en Francia, el automóvil superdeportivo. El BMW se convirtió en el coche preferido de los yuppies de Londres, hasta el punto de que el fabricante alemán vio necesario limitar artificialmente la producción, a fin de

impedir que el producto perdiera su aire de exclusividad. Empezaron a brotar vinotecas como setas, ofreciendo una alternativa más sofisticada a los pubs de Londres. Para Matthew, que tenía una sensibilidad muy analítica, era difícil saber con exactitud si se podía atribuir todos aquellos cambios a la tromba de dinero que había entrado con el Big Bang, o si simplemente la desregulación había acelerado unas mutaciones estructurales más profundas que quizá ya estuvieran en marcha. Lo que sabía seguro era que, durante la segunda mitad de la década de 1980, Londres había experimentado una evolución tremenda en un periodo muy breve. Como sugería un reportero de la BBC, parecía que la ciudad hubiera saltado directamente del siglo XIX al XXI.

Matthew no conoció a Rachelle hasta 1997, cuando ambos ya estaban en mitad de la treintena. Con el tiempo había llegado a especializarse en financiación estructurada. No era un banquero de altos vuelos y ostentoso, ni mucho menos, pero se ganaba bien la vida. Tampoco era un simple esclavo corporativo: le encantaban la música en directo y el teatro, y trataba de aprovechar al máximo la abundante oferta cultural de Londres. Una noche se puso a conversar en una galería de arte con un hombre que pensó que quizá a Matthew podría gustarle una amiga suya; el hombre le dio el número de teléfono de Rachelle.

«Fue un poco una cita a ciegas —recordaba Rachelle—. Me llamó por teléfono, tenía una voz encantadora.» Matthew la llamó desde un piso que había comprado en una zona en plena gentrificación de las inmediaciones del Regent's Canal, a la altura de King's Cross. Mientras hablaban por teléfono, Rachelle oyó gaviotas chillando de fondo. Quedaron en verse en persona, en una vinoteca de Saint John's Wood. Rachelle era menuda y elegante; tenía unos ojos vivaces, el cabello castaño y rizado y un sentido del humor burlón. Matthew era delgado, un poco calvo y atlético. Resultaba extremadamente afable al trato, pero también tenía cierta intensidad reservada. «Nos dedicamos a charlar y charlar —recordaba Rachelle—.

Y me dijo: "Me gustaría volver a verte". Y pensé: "Qué maravilla".»

Aunque los padres de ambos eran supervivientes del Holocausto, a Rachelle la habían criado de forma distinta que a Matthew. Había crecido en Londres, en una familia cosmopolita. Igual que el padre de Matthew, Hugo Gryn se había casado con una inglesa, Jacqueline Selby, y habían vivido en Cincinnati mientras él se estaba formando como rabino. De allí se habían mudado a Bombay y por fin a Londres, donde a Hugo lo terminaron nombrando rabino mayor de la West London Synagogue. Era un cargo importante con una congregación grande, y Hugo se convirtió en intelectual reconocido, que aparecía en documentales sobre historia, ética y fe. Tenía una voz de orador maravillosamente resonante (la hermana de Rachelle, Naomi, la describía como «chocolate con manchas de nicotina»), y era un fijo en la BBC Radio, uno de los tertulianos habituales de un programa semanal llamado *Moral Maze*. Tanto Rachelle como su hermano y sus dos hermanas tenían tendencias artísticas y compartían cierto aire de *beatniks* urbanos. De adolescente, a Rachelle le había interesado más la escena del punk que los estudios, y no había llegado a ir a la universidad. En la época en que conoció a Matthew, trabajaba de ayudante del director Oliver Parker en una pequeña productora del Soho. Matthew, con su pedigrí educativo, ingresos estables y ropa adulta, le parecía un ser casi exótico. «Mis conocidos no solían ir trajeados», recordaba con una risa. Pero Matthew también tenía muchas aficiones —le encantaba montar en bicicleta, viajar y los Grateful Dead— y estaba abierto a las de ella. Si Rachelle le proponía que fueran a alguna exposición, Matthew iba encantado, y no lo hacía únicamente para seguirle la corriente: su interés era genuino.

Se casaron en septiembre de 1998, rodeados de amigos y parientes, en el jardín de Peacock House, una encantadora vieja mansión de Holland Park. Hubo una ausencia notoria: Hugo Gryn había muerto de cáncer cerebral a los sesenta y

seis años, poco antes de que la pareja se conociera. A Rachelle se le hacía raro que la casara un rabino que no fuera su padre. Pero fue una bonita ceremonia, elegante y a la vez informal. Llevaba un vestido sencillo de seda de color crema, hecho por una amiga que trabajaba de diseñadora de vestuario, con un chal de gasa verde sobre los hombros. Matthew iba con traje oscuro y corbata verdiazul. Todo tuvo un aire espontáneo que agradó a Rachelle. Y, por lo menos en un sentido importante, sí que fue una ceremonia espontánea: mientras su hermano David la llevaba por el pasillo, Rachelle ya estaba embarazada de seis meses.

A principios de 1999 nació Joe, un bebé dulce y de mirada seria; poco después de que Joe cumpliera un año, Rachelle volvió a quedarse embarazada. Al principio, los tres miembros de la familia vivieron en el piso de soltero que tenía Matthew en King's Cross. Sin embargo, antes de que naciera Zac, se mudaron a una vivienda más grande, un espacioso apartamento de tres dormitorios que ocupaba la planta baja y el sótano de un antiguo edificio de ladrillo rojo de Lauderdale Road, una calle bonita y flanqueada de los tradicionales sicómoros de Londres, en el discretamente próspero barrio de Maida Vale.

Cuando Zac empezó a hablar, su primera palabra no fue «mamá» ni «papá», sino «dodo», que era como llamaba a Joe. En cuanto crecieron un poco, los dos hermanos empezaron a parecerse bastante. Eran los dos delgados y pálidos, de rasgos delicados, labios carnosos y miradas intensas. Pero Joe tenía un pelo castaño que, cuando se lo dejaba largo, le empezaba a formar tirabuzones, mientras que Zac había conservado su tono cobrizo distintivo. Si Rachelle y Matthew eran bastante diferentes en algunos sentidos —ella más emocional y él más cerebral—, sus hijos también desarrollaron personalidades distintas. Joe era más tranquilo y pensativo, mientras que Zac demostró ser, ya desde una edad temprana, un bromista. In-

cluso de niño tenía una voz grave y ronca y un ingenio extremadamente avispado. El rabino Hugo había sido famoso por su sentido del humor, y aunque había muerto antes de que naciera Zac, su nieto parecía haber heredado su talento para entretener a los demás. Zac era capaz de hacer imitaciones perfectas de amistades de la familia que enseguida hacían reír a todo el mundo. También se le daba bien emular acentos extranjeros.

«Era un niño graciosísimo», rememoraba un primo suyo, Adam Massey. Hijo de la hermana de Rachelle, Gaby, Adam era once años mayor que Zac. «Tenía facilidad para el lenguaje, y para *camelarse a la gente*», contaba.

Zac apenas se había quitado los pañales y ya se sabía de memoria la letra del tema *Going Back to Cali* de Notorious B.I.G. Cada vez que veía a Adam y a su hermana, Zac se la cantaba, sabiendo que los mataba de la risa. Era un niño locuaz y desinhibido, y parecía disfrutar de esa improvisación a ritmo de jazz que caracteriza las buenas conversaciones. Una vez, en una celebración familiar, cuando Zac tenía unos cinco años, Joe presenció una conversación en que una niña mayor le daba a su hermano algún material de lectura y le preguntaba con mala intención: «¿Puedes leer esto, Zac?». «No me he traído las gafas», contestaba Zac. (No llevaba gafas y tampoco sabía leer.)

Benny Brettler era conocido en la familia por su memoria extraordinaria, que heredarían primero Matthew y después Zac. Aquel rasgo se manifestaba de formas curiosas. De niño, Zac se estudiaba el catálogo de los grandes almacenes británicos Argos, memorizando qué productos electrónicos había en oferta, sus marcas y precios; a continuación, los recitaba con un grado de detalle fantástico a todo el que quisiera escucharlo. Se convirtió en el miembro de la familia a quien consultaban los demás cuando querían comprar un Kindle nuevo o algún otro artilugio. Mucho antes de que Zac tuviera edad de conducir, desarrolló fascinación por los automóviles, y le gustaba amenizar las excursiones familiares por

la ciudad con recitados de los modelos y precios de los coches que pasaban. Londres era una buena ciudad para aquello: en el vecindario adecuado, un paseo de tarde se podía convertir en un safari de supercoches. Zac siempre andaba en busca de su deportivo favorito: el esquivo, curvilíneo y dolorosamente caro Bugatti Veyron.

A Rachelle y Matthew los dejaba pasmados oír cómo su hijo de diez años asesoraba a las amistades de la familia sobre las ventajas de cambiarse el coche por un Mercedes. Ninguno de ellos había sido nunca especialmente materialista. Tenían poco interés en el catálogo de Argos o en los vehículos de alta gama. El coche de la familia era un Mazda. Sin embargo, comparada con otras pasiones juveniles, aquella parecía bastante inocua, y además las tendencias enciclopédicas de su hijo les hacían gracia y los impresionaban. Zac era excéntrico, pero estaba claro que también era listo, e impredecible de una forma que hacía que fuera divertido estar con él.

Era una vida feliz. Matthew ganaba el dinero suficiente como para que la familia pudiera vivir cómodamente en una ciudad que todos los años se volvía más cara. Rachelle se hizo periodista *freelance* y escribía artículos y libros, sobre todo de manualidades y diseño. Aun así, no experimentaba ninguna presión financiera que la obligara a trabajar a tiempo completo. Los Brettler hacían viajes familiares a Italia, Portugal, Francia, Alemania y España. Junto con dos socios, Matthew fundó una firma pequeña y exclusiva dedicada a la financiación estructurada, lo cual le otorgó un nivel agradable de autonomía profesional; prefería organizarse su propio horario y le gustaba no tener jefe. Muchos clientes de la firma vivían en Estados Unidos, y eso hizo que la familia se terminara comprando un segundo apartamento en Nueva York. Allí pasaban unas cuantas semanas juntos todos los veranos y daban largos paseos en bicicleta por Manhattan.

Tanto Joe como Zac eran buenos deportistas y, al llegar a la adolescencia, empezaron a competir cada vez más entre ellos. Además de esquiar, montar en bicicleta y hacer patinaje

en línea, jugaban al críquet, fútbol, squash y tenis. «Zac se apuntó a muchos deportes para seguirme a mí —recordaba Joe—, y tenía esa espina clavada del hermano pequeño, como si estuviera siempre comparándose, siempre mirando desde abajo y sintiendo que no era lo bastante bueno.» El apartamento de la familia en Lauderdale Road quedaba a la vuelta de la esquina de unas pistas de tenis, el Paddington Sports Club. Durante años, Joe fue el que mejor jugaba al tenis de los dos. Hasta que un verano Zac, que debía de tener unos doce años, dedicó todo su tiempo a perfeccionar su técnica tenística. Jugaba a diario en el club y estudiaba vídeos de YouTube para perfeccionar su técnica. Zac podía ser muy obstinado cuando desarrollaba una fijación, y aquel verano mejoró tanto que por primera vez fue capaz de derrotar a su hermano. Más o menos por la misma época, Joe perdió interés por el tenis y dejó de jugar.

Matthew y Rachelle eran conscientes de que sus hijos, tan próximos en edad, sentían aquella rivalidad, pero no les preocupaba demasiado. Era muy habitual que existiera algún nivel de competitividad entre hermanos. Y aunque Zac se irritaba ocasionalmente con su hermano mayor, por lo general caía bien en el vecindario. Como no tenía hermanos menores, Zac adoptó una especie de rol de monitor de los niños que se reunían durante los días de verano en un jardín comunitario cercano. Matthew lo veía allí, seguido de una congregación de niñitos entusiastas, y pensaba que Zac parecía el flautista de Hamelín. Les organizaba partidos de críquet y de fútbol y les daba pequeños sermones sobre la importancia de la alimentación saludable. Cuando a Zac se le quedaban pequeñas unas botas de fútbol, las regalaba a los niños más pequeños del vecindario. «Era como un hermano mayor amable —recordaba la madre de dos de aquellos niños—. Caía de maravilla a la gente porque tenía un gran sentido del humor.» También «estaba cómodo hablando con los adultos», señalaba, y añadía: «Tenía mucho carisma».

A los doce años a Joe lo aceptaron en la University College School (UCS), una selectiva escuela privada de Hampstead que hacía mucho énfasis en los aspectos académicos. Siempre se le había dado bien estudiar y no pareció costarle demasiado que lo admitieran. Empezó contento las clases en la UCS, y Rachelle y Matthew dieron por sentado que, cuando le llegara el momento, Zac asistiría a la misma escuela. El procedimiento para obtener la plaza era intenso, sin embargo, e implicaba varios exámenes y una entrevista colectiva en el campus con otros niños y profesores. A Zac le costó mucho la parte de matemáticas del examen de ingreso. Aun así, teniendo en cuenta su don natural para la conversación, los Brettler dieron por sentado que la entrevista le iría bien. Pero los padres no podían estar presentes en la sesión de grupo, y, cuando Zac terminó y volvió con Rachelle, le dijo que la había cagado. Uno de los adultos había formulado una pregunta sobre arte abstracto, y Zac (que tenía once años) no había sido capaz de ofrecer una respuesta edificante. Su solicitud fue rechazada.

Zac se quedó abatido, igual que Matthew y Rachelle. Con su determinación habitual, y animado por sus padres, volvió a presentarse y repitió los exámenes, pero lo volvieron a rechazar. Los Brettler apelaron a la escuela, intentando explicar lo descorazonador que resultaba que los hermanos se vieran separados de aquella forma, y que a Zac se le negara una oportunidad educativa de la que sí disponía su hermano. Pero los administradores se mostraron inflexibles, y explicaron que la UCS no tenía una «política sobre hermanos» que permitiera extender un trato de favor a los hijos de la misma familia; al contrario, era crucial que conservaran la «igualdad de oportunidades para todos».

Rachelle se sintió especialmente herida por la situación de su hijo, hasta el punto de que a Matthew a veces le preocupaba que la sensación de agravio de su mujer pudiera dificul-

tarle a Zac el hecho de olvidarse de aquello y pasar página. Rachelle era consciente de que había quien la consideraba una madre excesivamente ansiosa, pero también le daba miedo que la experiencia le hubiera pasado a su hijo una factura emocional tremenda. «Yo sabía que aquel rechazo había sido algo enorme para Zac», decía. La educación era muy importante para los Brettler, igual que lo era para todo su entorno social, donde a menudo las demás familias juzgaban a la tuya por la escuela a la que iban tus hijos. Zac ya era lo bastante mayor, y lo bastante perceptivo socialmente, como para entender aquello, y le debió de doler. Por fin encontró plaza en otra escuela privada de Londres, llamada Mill Hill, y fue allí donde empezó a cambiar.

Cuando un grupo de comerciantes y eclesiásticos fundaron Mill Hill, en 1807, decidieron establecer la escuela a una distancia segura del centro de Londres, a salvo de los «peligros tanto físicos como morales» a los que estaban expuestos los jóvenes en una «ciudad abarrotada y corrupta». Ubicado en la periferia norte de Londres y rodeado de campos de deporte exquisitamente cuidados, el campus de sesenta hectáreas es un escenario bucólico, lleno de vegetación frondosa y ocupado por una mezcla de chirriantes edificios antiguos con otros nuevos más elegantes. En la época en que a Zac Brettler lo admitieron como estudiante de Mill Hill, el precio de la matrícula era igual de elevado que el de la UCS y otras escuelas privadas de élite, pero su reputación académica era inferior. Zac llegó a ella con trece años, en otoño de 2013, y se vio obligado a llevar uniforme escolar con corbata y americana con escudo. Mill Hill tenía residencia de estudiantes, pero Zac empezó como alumno externo. Todos los días de entre semana, Rachelle lo llevaba en coche por la mañana desde Maida Vale y luego lo pasaba a recoger por la tarde. Como el tráfico solía ser espantoso, tanto a la ida como a la vuelta, el trayecto se alargaba más de una hora en cada sentido.

Zac lo pasó fatal, por lo menos de inicio. No quería estar allí. En el entorno burgués y ultraambicioso en el que había crecido, decir que ibas a Mill Hill era, en la práctica, admitir que te habían rechazado otras escuelas mejores. Rachelle reconocía que había un «orden jerárquico», y todo el mundo lo sabía; si no entrabas en una escuela como la Westminster, la Saint Paul's, la Highgate o la UCS, podías terminar en una como Mill Hill. Zac tenía una vena orgullosa, y, en vez de ayudarlo a olvidarse de la indignidad de su rechazo por parte de la UCS, parecía que su nueva escuela todavía se la recordaba más. El sector demográfico que asistía a Mill Hill también era distinto de aquel al que Zac estaba acostumbrado. Había más dinero, y en concreto más dinero *nuevo*. «Todas las chicas son de color *naranja*», le decía Zac a su madre cuando volvía a casa de la escuela, refiriéndose a la afición de algunas de sus compañeras de clase por aplicarse maquillaje abundante en tonos caramelo, incluso en pleno invierno.

Pese a sus recelos, Zac siempre había sido una persona abierta. Se apuntó a los equipos de críquet y de tenis y usó su memoria formidable para convertir los encuentros casuales en amistades. «Zac se me presentó un día sabiendo ya cosas de mí, lo que me pareció interesante», rememoraba Andrei Lejonvarn, que se hizo amigo suyo aquel otoño en Mill Hill. Uno de los primos de Zac había jugado al tenis con Andrei, y Zac debía de haber archivado su nombre. De esa forma, cuando Andrei se presentó, Zac exclamó: «Ah, tú juegas a tenis».

A medida que se fueron conociendo, Andrei descubrió que Zac era una enciclopedia andante en materia de equipos deportivos, jugadores y estadísticas, y que usaba aquella información para entablar conversaciones.

«Zac era un tipo divertido —contaba—. No era de esa gente que se queda sentada sin decir nada.» Tenía un porte de persona de más edad y más mundana.

«Me acuerdo de que había una chica que me gustaba —recordaba otro compañero de clase—. Y él siempre me

estaba dando consejos sobre aquello. Se las daba de maestro en cuestión de conseguir chicas. Y debíamos de tener trece años.»

Zac no era exactamente un estudiante disciplinado, pero iba sacando unas notas decentes gracias a la confianza que tenía en sí mismo y a su capacidad para retener información y hablar por los codos. Se sentaba al fondo de la clase, con el portátil abierto sobre el pupitre, absorto en algún artículo de alguna web de noticias deportivas, y, cada vez que el profesor le hacía una pregunta, improvisaba alguna explicación lo bastante verosímil como para evitarle problemas. Más de un compañero suyo en Mill Hill sugería que Zac tenía una memoria casi fotográfica, y que eso le permitía salir adelante con un esfuerzo mínimo.

«O sea, no hacía los deberes *nunca*», contaba Andrei, con una risilla. Después del batacazo de la UCS, parecía haberse construido una nueva identidad de payaso de la clase, brillante pero sin motivación. Pero entonces, contaba Andrei, «Zac se obsesionó con el dinero».

Londres llevaba siglos siendo un destino acogedor para el dinero extranjero. En 1733 Voltaire se maravillaba de que hubiera tanta gente de credos distintos que confluía en la ciudad para «hacer transacciones juntos», como si «todos profesaran la misma religión y solo tacharan de infieles a quienes estaban en bancarrota». En la década de 1960 llegó una oleada de griegos ricos, huyendo de la inestabilidad política de su país. En los años setenta fueron los árabes enriquecidos por el petróleo. Con el Big Bang de 1986, llegaron los americanos. Alrededor de la época de la primera guerra del Golfo, a principios de los años noventa, la familia real saudí compró diez propiedades en Bishops Avenue, Hampstead, que pasó a conocerse como *la calle de los multimillonarios*. Había iraníes, nigerianos y japoneses de alta alcurnia, y más adelante también chinos. Sin embargo, a partir de mediados de los noven-

ta el grupo mayoritario de recién llegados procedía de la antigua Unión Soviética.

La disolución de la URSS en 1991 provocó una de las transferencias de riqueza más espectaculares de la historia mundial, cuando se privatizaron unos sectores enormes de industrias hasta entonces estatales, de forma rápida y sin escrúpulos y en unas circunstancias que fueron de todo menos transparentes. Si eras joven y listo y no tenías escrúpulos, era un momento fabuloso para ser capitalista. Se acumularon fortunas inmensas prácticamente de la noche a la mañana, cuando un puñado de manipuladores espabilados se las apañaron para adueñarse de una serie de lucrativos recursos que hasta entonces habían pertenecido, por lo menos en teoría, a todo el pueblo soviético. «Roban y roban sin parar —le contaba a un amigo suyo a mediados de los años noventa Anatoly Chubais, el zar de las privatizaciones rusas, uno de los supervisores de aquel proceso—. Lo están robando todo y es imposible pararlos.»

En aquel caso, los ladrones fueron un grupo de hombres a quienes se conocería como *los oligarcas*, una pequeña y díscola fraternidad de piratas ultraliberales que amasaron unas fortunas gigantescas a expensas de sus compatriotas. En 1996, uno de aquellos oligarcas —matemático e ingeniero, bajito, calvo y ostentosamente brillante, llamado Boris Berezovski— se jactaba de que entre él y otros seis hombres controlaban el 50 % de la economía rusa. Fue la enorme turbulencia causada por el hundimiento de un imperio lo que permitió a aquellos hombres hacerse tan ricos. Pero, aunque la inestabilidad política puede ser genial cuando estás intentando ganar una fortuna, resulta menos atractiva cuando estás intentando conservarla. Así pues, tras obtener sus fortunas en el caos de la antigua Unión Soviética, los oligarcas empezaron a buscar refugios seguros en el extranjero donde prevalecieran la ley y el orden y eso les permitiera aparcar su dinero a salvo. Y también, si era necesario, aparcarse a sí mismos. Tras ser elegido presidente de Rusia por primera vez, en 2000, el diminuto

exagente del KGB Vladimir Putin se dedicó a intentar meter en vereda a los oligarcas, recordándoles que sus fortunas eran vulnerables y que sus poderes estaban subordinados al de él. Algunos, como Berezovski, se resistieron y trataron de derrocar a Putin desde el extranjero. Otros, como Roman Abramovich, un lánguido huérfano de aspecto juvenil que en 1995 se había adueñado de una compañía petrolera estatal mediante una subasta amañada, decidieron congraciarse con Putin y mostrarle deferencia. A cambio, les fue concedida libertad para disfrutar de sus riquezas sin ser molestados. Fuera cual fuese la postura que adoptaras hacia Moscú, Londres era un lugar muy atractivo como segunda residencia. Berezovski obtuvo asilo político en el Reino Unido. Abramovich acabó siendo dueño de un equipo de fútbol inglés, el Chelsea Football Club, tras comprarlo en 2003 por ciento cuarenta millones de libras.

Si los fans del Chelsea dieron la bienvenida a su nuevo jefe supremo ruso, celebrando el amanecer de un «imperio romano» durante el cual Abramovich gastaría dinero a espuertas en el club, su acogida irreflexiva de aquel misterioso arribista de fortuna turbia y necesitada de legitimidad fue típica de la obsequiosa hospitalidad que mostraría Londres hacia los oligarcas. No fue una situación en la que el *establishment* político y financiero inglés se tapara la nariz y tolerara a regañadientes a un puñado de intrusos desagradables. Todo lo contrario: hubo un reconocimiento, a los niveles más altos del Gobierno y de la sociedad, de que, si los oligarcas estaban buscando un santuario cómodo para sus necesidades, aquella podía ser una oportunidad lucrativa para Londres. En 2008, el Reino Unido introdujo un nuevo programa de visados con el que aquellos ciudadanos dispuestos a invertir millones de libras en la economía local podían en la práctica comprar el estatus de residentes legales permanentes. En los primeros siete años del programa, se aprovecharon de él unas tres mil personas —la cuarta parte procedentes de Rusia—, que inyectarían más de tres mil millones de libras en la economía

británica. «Londres es a los millonarios lo que las selvas de Sumatra son a los orangutanes —se jactaba en 2014 Boris Johnson, que por entonces era alcalde de la ciudad—. Es algo que nos enorgullece.»

Zac Brettler había nacido en el año en que Putin obtuvo su primer mandato, y para cuando llegó a Mill Hill, aquel flujo entrante de oligarcas y de su dinero ya había transfigurado visiblemente la ciudad donde vivía. Aquellos extranjeros ricos con un pie en Londres venían atraídos por la propiedad inmobiliaria, los mercados financieros y las compras, pero también por las escuelas. En 1994, los rusos solo suponían un 3 % de los estudiantes extranjeros de las escuelas privadas británicas; en solo cinco años, la cifra subió al 20 %. «Quiero que mis hijos vayan a la escuela en Inglaterra —comentaba Roman Abramovich en 2003—. Estoy convencido de que aquí obtendrán la mejor educación del mundo.» Las escuelas británicas empezaron a reclutar activamente a los hijos de los oligarcas. En 1994, un administrador que supervisaba aquellos procesos de reclutamiento le dijo al periódico *The Guardian*, en un momento de sinceridad nada políticamente correcta: «No excluimos a la mafia porque no se puede. Nunca se sabe de dónde viene el dinero».

La escuela Mill Hill ofrecía una opción especialmente atractiva para los hijos de los plutócratas extranjeros. Quizá no fuera Eton ni Harrow, pero tenía el mismo aire anticuado de tradición aristocrática, estaba cerca del centro de Londres y era más fácil entrar en ella. En la década de 1990 se matriculó en Mill Hill un muchacho ruso de rasgos avispados llamado Evgeni Lebedev. Era hijo del oligarca Alexander Lebedev, un excoronel del KGB que había comprado un banco en 1995 y había empezado a ganar miles de millones; en ese sentido, Evgeni fue pionero. En un artículo de la revista *Town & Country*, uno de sus antiguos profesores lo describió como «un chico callado, casi anónimo». Sus compañeros de clase, en cambio, tenían un recuerdo distinto de él. «Que yo recuerde, Lebedev fue el primer hijo de oligarca ruso que hubo en Mill

Hill —decía un miembro de su promoción—. Nunca, y quiero decir *nunca*, llevó el uniforme de la escuela, aunque todos los demás sí teníamos que llevarlo.» Prefería vestir sus propios elegantes trajes y corbatas, como si en vez de asistir a la clase de Geografía de tercera hora estuviera yendo a un consejo de dirección. «Ninguno de los profesores le decía nada —añadió el compañero de clase—, lo cual se me hacía raro.» Evgeni acabaría siendo lord Lebedev, amigo de Boris Johnson, propietario de los periódicos *The Independent* y *Evening Standard* y miembro de la Cámara de los Lores: un anuncio viviente de la aceptación entusiasta por parte del *establishment* británico que podía comprar el dinero. (Su título completo es lord Lebedev de Hampton, Distrito Londinense de Richmond upon Thames, y de Siberia, Federación Rusa.)

En la época en que Zac Brettler llegó a Mill Hill, se vio rodeado de la siguiente generación de aspirantes a Lebedev. «Eran los hijos de los oligarcas», decía Andrei Lejonvarn, refiriéndose a los estudiantes internacionales. Por supuesto, también había muchos estudiantes ingleses, extranjeros que no venían de la antigua Unión Soviética y otros que quizá fueran rusos, georgianos o kazajos, pero cuyas familias simplemente eran muy ricas aunque no tenían miles de millones. Sin embargo, tanto a Zac como a Andrei les pareció que había cierta modalidad de heredero exsoviético que se encontraba sobrerrepresentada. «Eran unos tipos podridos de dinero, y se paseaban por la escuela en plan: "Me la suda todo, yo hago exactamente lo que quiero"», rememoraba Andrei. Igual que Lebedev, vestían ropa de marca llamativamente cara. Los fines de semana salían de fiesta por las discotecas y hoteles de lujo de Londres. En las mañanas frías de invierno, algunos de los estudiantes de internado, en vez de hacer el trayecto a pie de ocho minutos que separaba la residencia de las clases, llamaban a un Uber.

A Zac lo intrigaban aquellos chicos; no solo su riqueza, sino también su arrogancia. A sus padres les parecía que aquella atracción debía de venir en parte de lo distinto que era

aquel estilo de vida del de ellos. Rachelle y Matthew habían crecido en una Inglaterra donde alardear de la propia riqueza se consideraba profundamente poco elegante. Además, habían existido menos *oportunidades* de hacer alarde de riqueza por mucho que uno hubiera querido, puesto que la ubicuidad de los bienes de consumo de lujo no había llegado a Inglaterra hasta después del Big Bang. «Aquel mundo de Porsches, cirugías estéticas e Ibiza era justamente lo que no éramos nosotros —dijo Rachelle—. Matthew tiene estabilidad económica, pero no se las da de rico. Es un tipo muy decente que lleva una vida decente.» Eso era lo que habían querido siempre para sí mismos: estabilidad, modestia, decencia. Y era también lo que les habían intentado enseñar a sus hijos.

Pero Zac no solo estaba creciendo en una ciudad borracha de lucro extranjero, sino también en una era de redes sociales. Instagram se había fundado pocos años antes de que entrara en Mill Hill, y la cultura en general se estaba viendo transfigurada por una modalidad nueva de ostentación vocinglera. Otro amigo íntimo que Zac había hecho en Mill Hill era un chico de naturaleza afable y voz ronca llamado Dimitris. En su primer encuentro, Zac le había recordado a Dimitris que se conocían de antes, de un partido de fútbol... de cuando tenían siete años. «"Me acuerdo de ti", me dijo —recordaba Dimitris—. Y yo le dije: "Uf, pero si de eso hace seis años".» A Zac y a Dimitris les gustaba ver películas juntos y sentían una afición especial por las historias reales de jóvenes triunfadores. Les encantaba *El lobo de Wall Street*, la película de 2013 de Martin Scorsese que cuenta el auge y caída de un estafador de la bolsa llamado Jordan Belfort, que ganó decenas de millones de dólares con su firma, Stratton Oakmont, antes de terminar en una cárcel federal. Otra de sus favoritas era *Juego de armas*, película de 2016 sobre un par de amigos de Florida que, cuando apenas han cumplido veinte años, se ponen a trabajar de traficantes internacionales de armas, lo cual acaba con uno de ellos en una cárcel federal. Zac y Dimitris veían *Juego de armas* sin parar, y Dimitris creía que Zac se parecía un poco

a Efraim Diveroli, el antihéroe al que en la película interpreta Jonah Hill. Embaucador charlatán y moralmente vacuo, Diveroli tienta al destino a base de cometer estafas cada vez mayores, tratando de ver hasta dónde puede llevarlo su carisma. «La genialidad de Efraim», comenta el narrador de la película, es que puede «adivinar quién quieren los demás que sea, y entonces se convierte en esa persona».

A Dimitris le encantaba *Juego de armas*, pero a veces le daba la sensación de que Zac estaba sacando algo más de la película. «Quería *ser* como Efraim», explicaba. Parecía haberse adueñado de Zac una especie de fantasía arribista, además de un estilo de vida basado en la chulería jactanciosa. Aquellas predilecciones se veían todavía más inflamadas por la presencia en Mill Hill de todos aquellos niños ricos de la vida real, cuyas familias, en muchos casos, habían amasado sus fortunas muy deprisa y por medios turbios. «Sí, te decían: "Ah, somos *promotores inmobiliarios*..." —contaba Dimitris con una risilla—. Pero en realidad no sabíamos a qué se dedicaban. Para Zac, la cuestión era simplemente que "allí estaba el dinero".»

En un momento dado, Zac le dijo a Dimitris que admiraba a su padre —que Matthew había dado una buena posición a su familia—, pero que él quería más. «No me basta, quiero algo más grande», comentaba. Parecía hambriento e impaciente. «Deberíamos montar un negocio también nosotros», proponía. Pero a Dimitris no le interesaba. «Yo solo tenía dieciséis años, ¿sabes? —decía—. Únicamente quería salir con los amigos.»

Cuando Zac cumplió los quince, ingresó como interno en Mill Hill. El trayecto diario desde Maida Vale se había vuelto una pesadez tanto para él como para su madre, así que decidieron que entre semana se quedaría en la escuela y los fines de semana volvería a casa. Andrei Lejonvarn ya era interno, y ahora iban a alojarse en la misma residencia, un edificio de

ladrillo lleno de corrientes de aire y situado en el borde del campus llamado Burton Bank. A Zac lo emocionaba la perspectiva de tener una vida independiente. «Era un chaval despreocupado que se llevaba bien con mucha gente», explicaba Andrei. La mitad de los chicos de la residencia eran extranjeros y la otra mitad ingleses. «Formamos nuestro propio grupo», recordaba Andrei. Los *chicos de BB*, los llamaba la gente, iniciales de Burton Bank. Hacían deportes y pasaban el tiempo juntos, y entre ellos se forjó una camaradería especial a base de duchas frías y toques de queda estrictos. En el seno de aquella pequeña fraternidad, Zac se creó cierta fama de puritano: no bebía alcohol y cuidaba lo que comía. No fumaba cigarrillos y mucho menos cannabis. También continuó obsesionado, todavía más que los demás chicos de BB, por los estilos de vida de sus compañeros ricos de clase.

Matthew y Rachelle eran conscientes de aquel cambio que había experimentado Zac, y los incomodaba. Rachelle creía tener cierta idea de lo que estaba viviendo su hijo, porque durante su infancia también ella había asistido a una exclusiva escuela privada llamada Queen's College, en Harley Street, Marylebone. Sus hermanas mayores también habían estudiado allí, pero, a diferencia de sus compañeras de clase, las chicas de la familia Gryn no habían pagado el elevado coste de la matrícula. En calidad de rabino, Hugo Gryn ganaba un salario modesto, pero la West London Synagogue cubría la escolarización de sus hijas y el coste del espacioso apartamento familiar, también situado en Marylebone. Así pues, Rachelle entendía aquella peculiar sensación según la cual, en sus palabras, «por fuera te pareces a los demás, pero en realidad no perteneces a la misma clase». La taxonomía implícita de las clases sociales es uno de los rasgos definitorios de la vida británica, y los Gryn no eran exactamente de clase media ni media-alta. Eran una anomalía extraña: la clase social eclesiástica.

Aunque en su forma de hablar no había ni rastro de acento de Manchester, Matthew se identificaba, en ciertos aspec-

tos fundamentales, con la orgullosa ciudad industrial de su juventud. En Manchester siempre había reinado una intensa noción de la solidaridad proletaria, una visión muy obrera de que cualquiera que quisiera darse aires resultaba vagamente ridículo y merecedor de burla. Aquella ética tenía un ejemplo perfecto en el artista de Manchester L. S. Lowry, famoso por sus pinturas de escenas industriales, a quien siempre estaban ofreciendo títulos y honores (comandante de la Orden del Imperio Británico, oficial de la Orden del Imperio Británico) solo para que él los rechazara. Cuando lo sondearon para ofrecerle el título de caballero, explicó al primer ministro que estaba «en contra de las distinciones sociales de cualquier clase».

Igual que Lowry, Matthew no tenía tiempo para lo que en Manchester se conocía como ir de *rey del mambo*. No era solo que aquella grandilocuencia resultara de mal gusto; también parecía tentar al destino. En calidad de hijo de refugiados, a Matthew le habían enseñado a no creer en coger prestado dinero para comprar cosas que no pudieras permitirte. Incluso cuando compraba sus apartamentos, prefería poner en efectivo todo el dinero que le fuera posible, a fin de no endeudarse demasiado. Tampoco era que los Brettler fueran socialistas: Matthew trabajaba en el mundo financiero y Rachelle escribía con regularidad para un suplemento del *Financial Times* llamado *How to Spend It*, una revista que destacaba artículos de lujo y actividades de ocio, y que otro periodista del *Financial Times* había descrito una vez como «el catálogo de Argos de los ricos». La pareja se gastaba unas cincuenta mil libras al año solo en la educación secundaria de sus hijos. Pese a todo, se aseguraban siempre de vivir dentro de sus posibilidades y tenían poco interés en los marcadores de estatus del consumo, por mucho que se los pudieran permitir.

Así pues, Matthew y Rachelle se quedaron perplejos cuando Zac empezó a sugerirles que deberían comprarse un coche mejor o una casa más grande. Vivían en un apartamento de ciento ochenta y cinco metros cuadrados en un vecindario

bastante codiciado del centro de Londres. Según todos los estándares razonables, eran una familia extremadamente próspera. ¿Cuánto más podía *querer* su hijo? Pero parecía que algo se había adueñado de Zac, y aquel algo todavía se intensificó más después de que entrara de interno en Mill Hill. Un día, poco después de que su hijo se mudara al edificio Burton Bank, los Brettler recibieron una llamada telefónica de un profesor informándolos de que Zac se acababa de marchar del campus en una limusina con chófer. Cuando llegó a casa y sus padres lo interrogaron, confesó que se había pagado aquella extravagancia de su propio bolsillo.

«Quería vivir esa experiencia», dijo.

A fin de ganar dinero, había empezado a diseñar sus propios planes empresariales, revendiendo zapatillas deportivas y otra ropa a sus compañeros de escuela y por internet. Puede que Zac despreciara los cigarrillos, pero había empezado a venderlos en el campus, alistando a un amigo mayor para que le comprara cartones y después vendiéndoselos sueltos a los estudiantes menores de edad. Igual que los antihéroes ambiciosos y amorales de sus películas favoritas, Zac parecía dispuesto a probar cualquier plan que pudiera reportarle beneficios. En el edificio de la residencia había un almacén lleno de artículos que habían abandonado allí los estudiantes de años anteriores. «Terminamos vendiendo montones de aquellas cosas», recordaba Dimitris. Zac estaba «metidísimo en aquello», contaba. «Lo obsesionaba el aspecto económico de la vida en general.»

A los diecisiete años, Zac estaba experimentando lo que más tarde Matthew denominaría un *cambio profundo*. Con el tiempo, se había ido volviendo más arisco con su familia. Todavía tenía momentos ocasionales en los que podía ser infantilmente dulce y afectuoso, sobre todo con Rachelle. Pero una gran parte del tiempo parecía haberse transformado en una persona a la que sus padres y su hermano apenas reconocían, como si estuviera bajo los efectos de un poderoso hechizo. Incluso había cambiado su *porte*. Iba a la escuela con un traje

de lo más elegante y de vez en cuando guardaba el trabajo de clase en un maletín. En una foto que Rachelle le hizo para conmemorar su decimoséptimo cumpleaños, aparece sacando pecho, echando los hombros hacia atrás y proyectando el mentón con gesto provocativo mientras mira a cámara con el ceño fruncido. Zac el listillo chistoso había sido eclipsado por aquel joven ambicioso y solemne.

A medida que su relación con su familia se resentía, las amistades de Zac en la escuela empezaron a parecer más transitorias. «Era amigo tuyo en un momento dado y después desaparecía», contaba Dimitris. Un día se lo veía cercano y presente y al día siguiente parecía un desconocido. Zac tuvo unos cuantos encuentros fugaces con chicas durante su estancia en Mill Hill, pero ninguna relación romántica prolongada. Cada vez daba más la impresión de querer dejar atrás aquella farsa de la educación secundaria, hacerse adulto y montar un negocio.

Para su hermano, Joe, todo aquello resultaba desconcertante, y molesto. Ciertamente Joe entendía que a veces los hermanos, y sobre todo los que competían entre ellos, podían considerar que era mejor elegir cada cual un camino distinto en la vida. Quizá Zac, percibiendo que su hermano mayor había reclamado para sí el camino tradicional de los logros académicos, estaba intentando distinguirse a base de encontrar una vía alternativa para realizar sus ambiciones. ¿Pero acaso era *aquello* lo que quería ser en la vida? ¿Una especie de gánster capitalista engreído? Joe confiaba en que fuera una fase pasajera: ese rechazo temporal a la familia por el que pasan tantos chicos y chicas en la adolescencia. Aun así, se preocupaba. Se imaginaba almuerzos familiares, muchos años más tarde, «en los que Zac hacía una entrada espectacular con una modelo de tetas falsas o algo así. Y ya preveía que toda aquella dinámica iba a ser difícil de cara al futuro, porque yo no era así para nada», contaba. «Aquellas no eran mis aspiraciones.»

Adam Massey, el primo mayor de Zac, que lo conocía desde que había nacido y a quien tanta gracia le había hecho

de pequeño, vivía en Nueva York, pero visitaba a los Brettler una o dos veces al año. En una ocasión, en 2017, se encontró con Zac en una fiesta de cumpleaños familiar en Londres y se quedó perplejo ante el cambio extremo de personalidad que había experimentado su primo. Zac iba trajeado, cosa que no cuadraba con la informalidad de la ocasión, y se puso a hablarle de lo mucho que admiraba al inimaginablemente rico, inimaginablemente corrupto y despreocupadamente homicida cleptócrata que gobernaba Rusia, Vladimir Putin. Al principio Adam se rio, suponiendo que Zac estaba haciendo lo que había hecho siempre: un gag cómico para entretener a la concurrencia. Pero Zac no se salió de su personaje. «Estaba hablando sinceramente de lo maravilloso que era Putin, con ese típico tono de fan provocador de internet», recordaba Adam. La democracia estaba sobrevalorada, proclamaba Zac. Lo único que importaba en el mundo era el dinero y el poder. Adam se quedó profundamente preocupado. Tuvo ganas de deshacerse de aquel títere de mirada cruel y traer de vuelta al niño irreverente al que había conocido y amado.